

427-16. papel lino
de color blanco

JESUCRISTO Y LA BELLEZA

DISCURSO INAUGURAL

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1897 Á 98

EN EL

SEMINARIO CENTRAL

DE SEVILLA

por el Profesor del 4.º año de Humanidades,

Dr. D. Juan Francisco Muñoz y Pabón,

PRESBITERO.



1897

1898

1899

1900

1901

1902

1903

1904

1905

1906

1907

1908

1909

1910

1911

1912

1913

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926

1927

1928

1929

1930

1931

1932

1933

1934

1935

1936

1937

1938

1939

1940

1941

1942

1943

1944

1945

1946

1947

1948

1949

1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

2022

2023

2024

2025

2026

2027

2028

2029

2030

2031

2032

2033

2034

2035

2036

2037

2038

2039

2040

2041

2042

2043

2044

2045

2046

2047

2048

2049

2050

2051

2052

2053

2054

2055

2056

2057

2058

2059

2060

2061

2062

2063

2064

2065

2066

2067

2068

2069

2070

2071

2072

2073

2074

2075

2076

2077

2078

2079

2080

2081

2082

2083

2084

2085

2086

2087

2088

2089

2090

2091

2092

2093

2094

2095

2096

2097

2098

2099

2100

2101

2102

2103

2104

2105

2106

2107

2108

2109

2110

2111

2112

2113

2114

2115

2116

2117

2118

2119

2120

2121

2122

2123

2124

2125

2126

2127

2128

2129

2130

2131

2132

2133

2134

2135

2136

2137

2138

2139

2140

2141

2142

2143

2144

2145

2146

2147

2148

2149

2150

2151

2152

2153

2154

2155

2156

2157

2158

2159

2160

2161

2162

2163

2164

2165

2166

2167

2168

2169

2170

2171

2172

2173

2174

2175

2176

2177

2178

2179

2180

2181

2182

2183

2184

2185

2186

2187

2188

2189

2190

2191

2192

2193

2194

2195

2196

2197

2198

2199

2200

2201

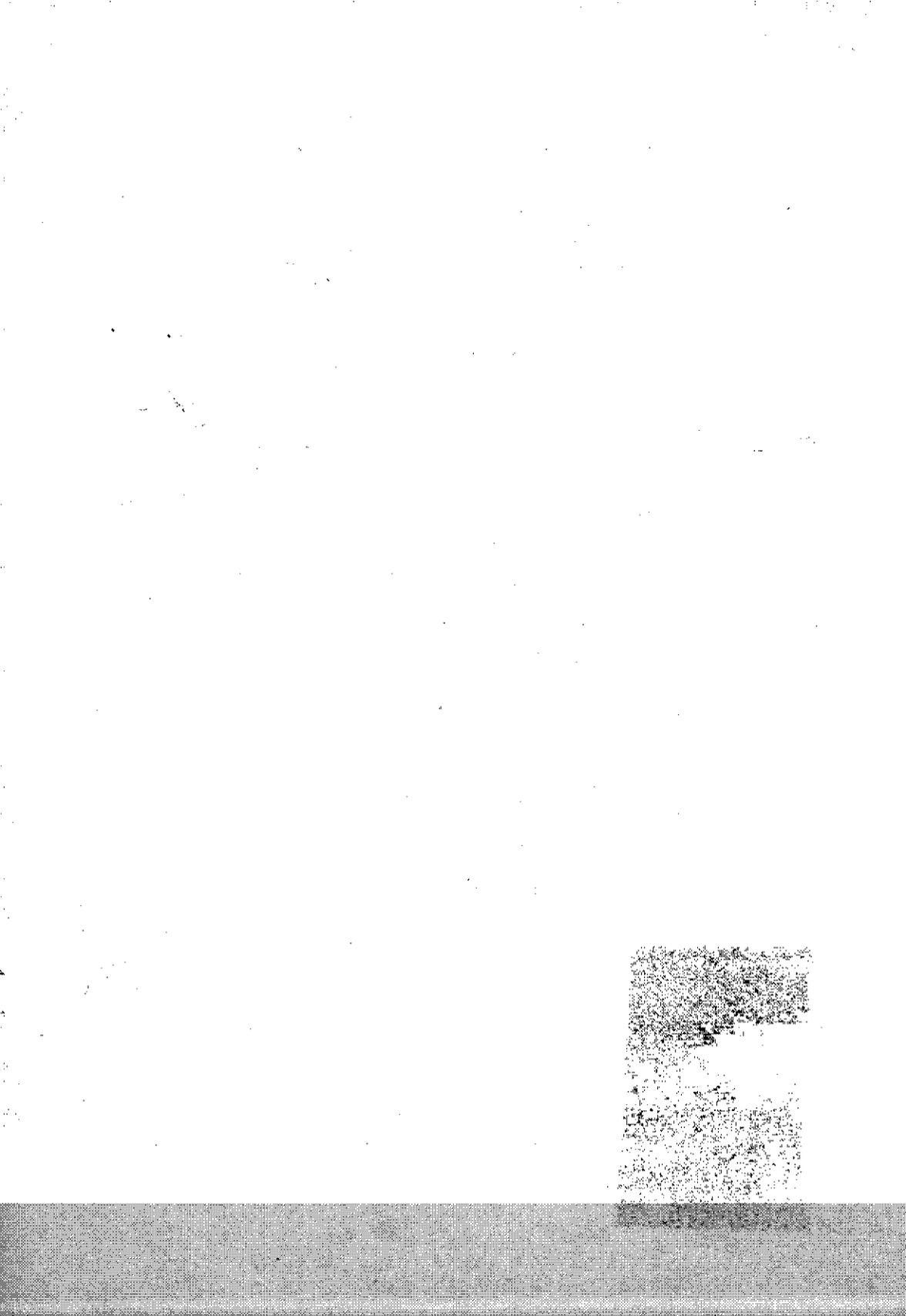
2202

2203

2204

2205

2206



+ Al Sr. D. Manuel de la Oliva.

el que mucho le respeta.

Juan F. Acuña



JESUCRISTO Y LA BELLEZA.



H-2
821
MUN
jes

JESUCRISTO Y LA BELLEZA

DISCURSO INAUGURAL

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1897 Á 98

EN EL

SEMINARIO CENTRAL

DE SEVILLA

por el Profesor del 4.º año de Humanidades,

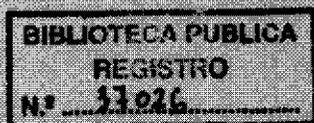
Dr. D. Juan Francisco Muñoz y Pabón,

PRESBITERO.



SEVILLA

LIB. É IMPRENTA DE IZQUIERDO Y COMP.ª
CALLE FRANCOS, 54



B.10 3 8586

41/31261





JESUCRISTO Y LA BELLEZA



OMO aquel rey de la fábula, que, por sangrienta burla de los dioses, todo lo que tocaba lo convertía en oro, el Pastor que nos rige *en espíritu y en verdad*, por gracia de la altura, todo aquello en que pone su augusta mano lo engrandece y lo avalora. (1)

Léjos de mí cantar en su presencia las maravillas de su reinado; pues ni el que habla nació para decir lisonjas, ni el que hubiera de oirlas nació para adormirse con su alhagüefío arrullo. Pero sería pecado de injusticia, en solemnidad de tanta monta, como la que en estos instantes nos congrega, no hacerle un voto de rendidas gracias por la nueva presea que ha engarzado en la corona de Sevilla, comprándonos con la moneda de su valía y de su prestigio, lo que, como entidad Seminario, nos avalora y sublima. (2)

Gracias, pues, al Pontífice de las Encíclicas, de donde nos ha venido tanta merced: y gracias al Ungido del Señor, *per quem accepimus gratiam*, que nos ha merecido tamaña ventura. Gracias mil al Prelado modelo, profeta en su patria, que, habiéndonos

(1) Excmo. y Rvmo. Sr. D. Marcelo Spínola y Maestre.

(2) La erección en central de dicho Seminario.

regalado allá en su primavera con las exuberantes flores en que abundó, nos ha sido devuelto en el otoño, para que nos sentemos á su sombra, á saborear sus bien cuajados frutos.

Recibid, así pues, Señor Excmo., la sincera expresión de nuestra honda gratitud; siquiera llegue á vuestros oídos por camino tan desmedrado, como este Sacerdote, el último entre los profesores de esta Casa y entre los operarios de vuestra viña; aunque nó el último, lo sabe Dios,... y Vos también lo sabeis, en amaros de antaño, si nó con todo el rendimiento que lo exímio de vuestro mérito requiere, á lo ménos, con toda la ternura y espontaneidad de niño, con que es fama que sabe amar mi corazón.

Perdonadme, Señor, por estos desahogos; y dejadme vagar á la árdua tarea del discurso, para el que os habeis dignado fijaros en nuestra oscuridad y pequeñez.

Hubo un hombre en la historia, tan extraordinariamente grande, que aun está por encima de todos los elogios que se le han prodigado por los otros hombres, conforme han ido deslizándose los tiempos.

Quiénes, como el Crisóstomo, lo han llamado *alma celeste y lengua del orbe*; quiénes, como S. Jerónimo, le dan el gráfico nombre de *trompeta del Evangelio, y rujido del León de Judá*; unos, como S. Bernardo, el Padre de los primores bíblicos, no vacilan en llamarle *ministro de la conversión de todo el mundo*; y otros, como S. Agustín, inimitable en hacer frases, han apellidado á sus escritos *pechos de la madre Iglesia*.

Hombre de ideas propias, como ahora es usanza decir, recorre todo el mundo, conocido en su época, predicando á los cuatro vientos sus ideales; lo mismo en los caminos, que en los poblados, y con igual empeño é idéntico entusiasmo á rudos campesinos, que á los conspicuos y desdeñosos sabios del Areopago de Atenas.

Y nó contento con predicar de viva voz sus ideales por todas partes y á todas las horas, tiende la encallecida mano con que gana su pan y el de los suyos, y empuña en ella el estilo; y, con el alma en él, escribe extensas cartas, llenas de luz é inflamadas de fuego, ora las enderece á una sola persona, como las á Timoteo y Tito dirigidas, ora tiendan al aprovechamiento de una cristiandad,

como las á los Romanos y Gálatas, Filipenses y Hebreos, Tesalonicenses y Efesios, Colosenses y Corintios.

Victima de sus ideales, sufre por ellos tribulaciones sinnúmero y persecución encarnizada y duradera; y por ellos es apaleado tres veces y apedreado una; y por ellos padece tres naufragios, y por ellos, en fin, soporta la cárcel y tolera el martirio. Hombre grande, si los hay, es el Apóstol de la Gentilidad.

Pero es lo más notable de este coloso de proporciones de genio; de este hombre, cuya palabra derrumba el paganismo, como derrumba un soplo complicado castillo de naipes; de este hombre, filósofo el más profundo de todos los filósofos, teólogo, el más revelador de todos los teólogos, y orador, el más elocuente de todos los oradores, que no sepa, si ha de creerse su confesión, más que una sola verdad; la verdad Jesucristo: y como esa sola verdad es lo único que sabe, esa sola verdad es, por ende, la única verdad que en todos los lugares y á todas las horas predica. *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum; (1) nos... prædicamus Christum. (2)*

Y ved aquí, Excmo. y Rvmo. Sr.; ved aquí, Sres. comprofesores, maestros míos hasta ayer, y maestros míos siempre; ved aquí, mis Sres. alumnos, hasta ayer compañeros y siempre amigos; ved aquí en frente de ese genio de desusada magnitud y delante de vosotros, otro hombre, ni filósofo, ni teólogo, ni orador, que en largos días y nó cortas noches de estudio, no ha logrado dar cima á otra empresa, que á la de medio aprenderse á Jesucristo; y, ¡claro está, Sres.! como esa sola verdad es la única cosa que medio sabe, esa sola verdad es la única cosa de que en todas las ocasiones medio habla. Lo confieso, y lo confieso con un sí es no es de satisfacción: *non enim judicavi me scire aliquid... nisi Jesum Christum.* Dejádme, pues, hablar de lo único que sé: dejádme hablar un rato de Jesucristo.

Pero es rasgo común de esta clase de discursos, y algo así como aire de familia de todos ellos el que el orador *laboret pro domo sua*; cantando dityrambos y pregonando encomias al ramo del saber á que se anda en su cátedra. Yo no quiero romper esos afejos

(1) Ad Cor. cap. II v. 2.

(2) Ibid. c. I, v. 23.

y venerandos moldes, sino antes por la inversa, acomodarme á ellos en un todo; pues marchar á la zaga de los peritos, siempre fué garantía de acierto en la jornada. ¿Cómo, pues, no salir de los límites de la asignatura, porción de mi heredad, y hablar de ese Jesucristo, *summa* divina de mis conocimientos?

Hay un algo que estudia la Retórica, siquiera sea subjetivamente, y que enseña la Poética á expresar con palabras, que se armoniza con Jesucristo á maravilla. Su nombre es Belleza, *quid divinum*, que á todo el que lo percibe enamora y cautiva; inagotable fuente de placeres purísimos, en cuya fruición se sumerge absorta el alma, como grano de arena en las inmensas profundidades de la mar; huella de Dios impresa en sus criaturas, por la que rastreando, rastreando, al olor de sus perfumes, podamos acercarnos á la posible idea de ese Dios, rico venero de bellezas relativas, pues todas de Él proceden, y único foco de belleza absoluta.

Vamos, pues, á estudiar la belleza en sus relaciones con Jesucristo: ó mejor, á hablar un rato de Jesucristo, por lo que hay en él de belleza.

No será, sin embargo, sin antes asentar esta sencilla proposición: **JESUCRISTO ES BELLEZA; Y BELLEZA SUPREMA; Y BELLEZA FUNDADA.**

Dios quiera que no andemos tan desacertados, como es de presumir, dada la ruindad de nuestras fuerzas.

I.

Lo que, hablando de Dios decía S. Agustín, á saber: que más fácilmente podemos decir de Él lo que no es, que lo que es, me atrevo yo á aplicar al concepto belleza. A cualquiera se le ocurre decir que la belleza no es la deformidad, sino su antítesis; pero nadie, desde el Fundador de la Academia, con ser el más pensador de los filósofos griegos, hasta el célebre Retórico de Cartago, con ser el más agudo de los Padres latinos; y desde ellos hasta el Ángel de las Escuelas, con ser el más erudito de los Doctores, nadie

ha logrado, á la presente hora, encerrar, en los estrechos límites de una definición terminante, concepto de tan espléndidas proporciones y de tan heterogéneos matices, como el concepto belleza.

Y es, señores, que, sentida instintivamente y con inefable delectación, desde que hubo hombres sobre la haz de la tierra, ha sido desde entónces patrimonio más de la voluntad, que del entendimiento. Y, á modo de los fenómenos óptico-acústicos, á la manera del rayo, por ejemplo, que, ántes que herir el tímpano con su fragor, ya ha impresionado la retina con su violaceo brillo, la belleza madrugó y se dió prisa, para llegar á posesionarse del corazón humano; y después, tras lueños siglos de quieta posesión y reinado pacífico sobre la voluntad, la cabeza de los hombres paró mientes en que aquello era fenómeno, que podía y debía ser estudiado.

Adán comenzó á sentirla en la primer alborada, en la primera flor, en la primera fuente, en la primer mariposa, en el primer gemido del ruiseñor, en la primer sonrisa de la mujer... Adán empezó á sentirla; y Platón empezó á estudiarla: lo que media entre Adán y Platón, esa es la proporción de velocidad entre lo apetecible y cognoscible de la belleza.

Y por cierto, señores, que si he de decir la verdad, tal y como la siento, ni la teoría estética contenida en los Diálogos del inmortal Discípulo de Sócrates me enamora; ni la del Obispo africano me arrastra tras de sí; ni la del Doctor de Sicilia produce en mi ánimo esa quiétud que encarna la posesión de la verdad; y ni la de Baugartem; ni la de Kunn, ni la de Mayer, ni la de Lemke, ni la de Burke, ni la de Rogacci, ni la de Schelling, ni la de Schiller me llegan á placer. Y no es porque yo sea hartó exigente, ni descontentadizo en demasia: es que ninguno me la define. Ninguno ahonda lo bastante á llegar á encontrar su naturaleza intrínseca; para, una vez hallada esta naturaleza, envolverla en palabras y darla á percibir á los que andamos inquietos y desasosegados por conocerla.

Y yo en tanto, con fébrica sed de verdad, devorando, más que leyendo, libros de estética; y sudando y trasnochando, á caza de la anhelada definición, como el mercader del Evangelio que buscaba buenas margaritas: hasta que, desalentado porque no la tropezó, acabo por volverme al concepto de belleza que por mi

mente vaga, y me pongo á decirle *con gemido* las dolientes palabras de las Canciones:

No quisieras enviarme
De hoy más mensajero;
Que no saben decirme lo que quiero.

Si yo tuviera que definirla, yo la definiría, usurpando las palabras con que define la Gracia teológica Sto. Tomás; y diría que la belleza es *semen Dei, participatio quedam nature ipsius*. Tales, en mi humilde criterio, la gran definición de la belleza: semilla de Sí propio, sembrada por Dios en sus criaturas, para que participen, cada cual á su modo, de la belleza absoluta que es su naturaleza de Dios: pues ni Dios es otra cosa, que la belleza esencial, ni la belleza, cuando es absoluta, es otra cosa que Dios.

Nuestro Dogma primario es la base y cimiento de la estética: que nuestro dogma fundamental es la fe en la *unidad* de un principio; la fe en la *variedad* de ese principio único, y el orden y la *armonía* en lo *vario* de esa *unidad*.

El Dios de nuestros dogmas es *unidad*. Y tan simple, y tan una, y esto tan necesariamente, que, si no fuera uno, como el superlativo de todas las perfecciones, no sería Dios, ó *Ens perfectissimum*.

Pero noten qué armonías tan inefables; precisamente por lo mismo que es uno, es decir, *ens perfectissimum*; y porque la fecundidad es perfección, que no puede faltar al que es superlativo de todas ellas, el Dios uno y perfecto es esencial y prodigiosamente *vario*. Tan vario, que, sin dejar de ser uno, es Dios Padre, es Dios Hijo, es Dios Paráclito.

Su *unidad* absoluta es la base de su *variedad* prodigiosísima; porque su *unidad* es su esencia, y su *variedad* no es otra cosa, que el necesario desenvolvimiento (y dejadme pasar la palabra, pues el lenguaje humano no las tiene adecuadas para las cosas de lo divino) su *variedad* no es otra cosa, que el necesario desenvolvimiento de su esencia misma, que, eternamente fecunda, como perfecta, eternamente se ha resuelto en perfecta y distinta y ordenadísima Trinidad.

Uno y trino, es decir, *uno* y *vario*, es cabal armonía é inalterable equilibrio. Y su inmutabilidad absoluta no padecerá menoscabo

con su omnímoda libertad; y su previsión inflexible no romperá las paces con su providencia; y el ceño de sus iras no habrá de amenguar el brillo de su hermosura; y su infinita justicia y su misericordia, infinita también, como la paz y la justicia de la biblia, se besarán eternamente. Y su sabiduría dispondrá, y decretará su amor, y ejecutará su poder, y todo será hecho por el Dios uno. Y en todo aquello que de Dios se origine, se notará á la legua una sabiduría, que todo lo dispone con suavidad; un poder, al que todo se rinde, hasta la nada; y un amor, que todo lo embellece y lo fecunda. Es decir; un reflejo, un esbozo, una imágen de la belleza esencial del Dios uno y trino y ordenado y armónico.

Uno, y tan esencialmente uno, que es Dios; *vario*, y tan vario que es personalmente trino; y *ordenado* y *armónico*, hasta juntar en ritmo eternamente acorde atributos los más antitéticos, tal es el Dios de nuestra fé: belleza prototipo de las bellezas todas; belleza germinadora de todas las bellezas; belleza, en fin, ante la que todas las otras bellezas visibles son infinitamente ménos, que el ténue resplandor de la luciérnaga de la espesura, ante ese oceano de luz que forma el incandescente disco del sol de los espacios.

Buscadores de la belleza en su principio, no la busqueis, de hoy más, por los oscuros llanos del destierro; sino ántes, tended el vuelo, como las águilas, y subid por encima de los nevados picos de los montes. Subid allende esas nubes, donde bramando, como fiera que rompe la jáula, despierta desbaratada la tempestad. Llegad á esas regiones donde ya no hay nubes, y donde reina siempre la luz, y despedios en ellas de las águilas para seguir volando. Seguid vuestra ascensión, y, por encima de todos los luminares y de todos los mundos, aún el angélico; por derroteros investigables y enmedio de luz inaccesible, encontraréis "lo que nunca el ojo vió ni oyó el oído"; la belleza absoluta, suprema, simplicísima: la belleza Dios.

Ese Dios es la *Idea* que entrevió Platón, "independiente de las cosas bellas; que sólo pueden llamarse bellas, en cuanto de la tal *Idea* participan." (1)

Ese Dios es la belleza que en todo lo que crea pone su sello, y que arrancó esta frase, africanamente encendida y rigurosamente exacta, de los enamorados labios del Autor de las Confesiones:

(1) Menendez Pelayo. *Ideas Estéticas*, tom. I, pág. 42.

Nada habría bello, si no hubiese recibido la belleza de ti: *nulla essent pulchra, nisi essent abs te.*

Y ese Dios es, en fin, lo que llama el Angélico "hermosura suprema y causa ejemplar, porque, según esa belleza se determinan las cosas bellas, que tanto más tendrán de bellas cuanto más hayan recibido de sér." (1)

Dejadme, pues, señores, definir la belleza absoluta llamándola Dios; y dejadme definir la belleza relativa, sin que mi definición trascienda á panteísmo, llamándola semilla de ese Dios, y participación proporcionada de su naturaleza.

Pero no es la belleza de Dios la que nos hemos propuesto estudiar; sino la belleza del que es Imágen personal de su substancia, en cuanto Dios, y síntesis de todas sus maravillas, en cuanto hombre: la belleza Jesucristo. Y si nos hemos remontado á tamañas alturas, ha sido solamente para orientarnos en nuestro pobre estudio de la belleza; como suben los peregrinos á lo más alto de las montañas, para desde allí orientar la ruta de su peregrinación.

II.

Jesucristo es belleza. ¿Que cómo demostrarlo? de modo muy sencillo: buscando y encontrando en su supuesto teológico los tres elementos estéticos, unidad, variedad y armonía.

Jesucristo es unidad: porque es una sola Persona: y con efecto.

Hijo natural de Dios, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de verdadero Dios, engendrado y nó hecho consubstancial al Padre, es con Él una misma sustancia, so pena de no ser Dios, porque la sustancia divina es simplicísima.

Mas como esta sustancia, para ser simplicísima, ha de ser espiritual; y, si espiritual, ha de ser inteligente, la sustancia divina ha tenido eternamente que entender, y que entenderse á sí propia, porque, de lo contrario, ni sería tal inteligencia, ni talmente eterna.

(1) Menendez Pelayo. *Ideas Estéticas*, pag. 153.

Ahora bien, mis señores: esta Inteligencia eterna, que *ab æterno* se entiende, *ab æterno* ha debido pronunciar y ha pronunciado una Palabra, un Verbo, un "Yo," que la define. "Yo," que no puede ser, ni más ni menos, que la expresión de la Idea que eternamente ha concebido de sí propia. Y esta Idea debe ser adecuada; rigurosamente igual á la Inteligencia que se entiende y define; porque, de lo contrario, (siempre *ad absurdum*) porque, de lo contrario, la Inteligencia perfectísima, ó no ha podido comprenderse, ó no ha sabido definirse, ó lo que es igual, es imperfecta. Y, si iguales, y si rigurosamente exactas Idea concebida é Inteligencia que la concibe, Inteligencia é Idea, han de ser una misma sustancia; porque en la sustancia divina no hay ecuaciones, sino simple unidad.

Inteligencia é Idea son uno eternamente; pero á la vez distintas. Porque la Inteligencia ha concebido la Idea eternamente; pero la Inteligencia no es concebida; la Idea es concebida eternamente; pero ella no concibe. Allí, pues, hay distinción; y distinción subsistente. Paternidad que subsiste, y Filiación que no deja de subsistir; Paternidad y Filiación que han de estar en Personas distintas, por la imposibilidad absoluta de que convengan entrambas *subsistentemente* á una misma Persona. Y la esencia divina, sin dejar de ser una, como simple, tendrá dentro de sí distintas relaciones; que, por ser subsistentes en el ser divino, dan por resultado eterno otras tantas divinas, distintas Personas. (1)

Y el Jesucristo que nosotros adoramos; que no es el de Simón Mago, ni el de Ebión, ni el de Cerinto, ni el de Menandro, ni el de Carpócrates, ni el de Arrio, ni el de Mahoma, nó Dios, ó menor que el Padre; nuestro Jesucristo, que no es otro, que el de San Juan, *Verbum caro*, Verbo hombre, so pena de no ser Verbo, debe tener y tiene la divina Persona que resulta de la divina subsistente filiación. Pero *caro*, es decir; hijo natural de Adán según la carne, so pena de no ser hombre, ha debido asumir la naturaleza humana que todos heredamos. Pero nó concretada por persona humana como predica Nestorio. Porque, siendo la persona, según Boecio, *rationalis nature individua substantia*; y habiendo ya en el Cristo, si ha de ser tal, la individualidad divina del Verbo de Dios, de admitir en él otra humana, tendríamos en él dos individualidades;

(1) Sum. Theol. T. I, Quæst. XXX art. I. y III.

es decir; dos personas; es decir: dos Jesucristos; es decir: ningún Jesucristo; porque Jesucristo no puede ser dos, ni puede ser más que uno, único y mismo, ni solamente Dios, ni solamente hombre, sino Dios-Hombre.

Y no se me arguya con que la naturaleza humana no puede subsistir, sin humana persona, que la concrete; porque habré de contestar con la razón teológica que la persona divina del Verbo es suficiente en Jesucristo á individualizar la naturaleza adámica que asume; quedando ésta tan concreta é individualizada, como si lo estuviera por humana persona, y tanto y tanto más ennoblecida, cuanto es más noble la divina Persona que la individualiza y la concreta.

Y aunque hay en el Cristo dos formas, divina y humana, ó sea, "la forma de Dios que se viste la forma de Siervo," como dice S. Agustín, traduciendo al Apóstol, "las dos formas se hacen Dios," por ser Forma de Dios quien se viste la forma de Siervo: y "entrambas se hacen hombre," por ser la humanidad la nueva forma que se viste Dios. Y aunque ni la criatura se ha trocado en Creador, ni el Creador en criatura, Creador y criatura, Forma y forma, Dios y hombre, Esposo y desposada, aparecen en una carne y en una misma Persona, á habitar con nosotros: pero tan uno, único y mismo, que, como habrá de hacer cantar al mundo el sublime escritor del Símbolo Niceno, como el alma racional y la carne son un solo hombre, así Dios y el hombre son un solo Cristo: *sicut anima rationalis et caro unus est homo, ita Deus et homo unus est Christus.*

Y habrá en Él operaciones divinas, y operaciones humanas; pero todo habrá de ser hecho por el Cristo uno. Y en la muerte de un amigo, lo llorará como hombre y lo resucitará como Dios; pero lo mismo las lágrimas que el milagro serán del solo Cristo. Y á la mitad de un festín, en el que se sentará como hombre, entrará una mujer pecadora: y la dejará arrodillársele y adorarle, como se adora á Dios; y, con la misma boca, con que ha paladeado los manjares y gustado el vino, le dirá estas palabras, ó insensatamente blasfemas, ó incontrastablemente divinas: "perdonados te son tus pecados,".... Humanidad que comes, y Deidad que perdonas; Fórmula simplicísima á que el gran matemático Dios ha sabido reducir lo eterno y lo creado; yo adoro tu unidad: y suscribiría gustoso

con mi pobre sangre, esa sublime cláusula de nuestro símbolo, en que, ántes que tu nombre, sobre todo nombre, nos hace nuestra fé confesar tu unidad: *credo in unum..... Jesum Christum.*

III.

Pero, si bien es uno, como uno es Dios, es á la vez *variedad* prodigiosamente varia; que el Cristo del Señor es el lugar de cita, donde han ido á abrazarse en maravillosa síntesis, la tésis divina y la antítesis humana.

La eternidad, encerrada en el tiempo; la vida, amarrada á la muerte; la potencia infinita, vestida de extremada debilidad; la santidad absoluta, con todas las apariencias del pecado; la felicidad suprema, devorando el dolor; la divinidad con todos sus esplendores y todas sus grandezas y todos sus atributos, unida á la humanidad con todas sus deyecciones y todas sus enfermedades y todas sus miserias, á excepción del pecado... lo diremos otra vez; la tésis y la antítesis en síntesis suprema, tal es, señores, el Jesucristo que todos conocemos.

Porque el Jesucristo de verdad no es el de Eutiques, con una sola naturaleza. Ese es un Cristo apócrifo; un Cristo mutilado. El Cristo de verdad es el del Sínodo de Calcedonia, con dos naturalezas, divina y humana; *inconfusa, inmutable, indivisa é inseparablemente unidas* (1). El Cristo del Señor, el Cristo auténtico es el en que S. Juan Damasceno reconoce y adora: *duas naturas, unam autem hypostasim, ex utraque compositam* (2) dos naturalezas: divina la una, para que sea Dios; humana la otra, para que sea hombre; pero en una Persona y esta divina, para que sea Dios con nosotros, *Emmanuel.*

Hay dos montes en el reducido mapa del evangelio, teatro cada uno, de una de sus dos supremas revelaciones, que, á pesar de

(1) Act. 5 ad fi.

(2) Orth. fid. c. 3. 4

la marcada antítesis que los separa, se necesitan y se reclaman mutuamente. El uno es el Tabor; el otro es el Calvario: el monte de la transfiguración y de la gloria, y el monte de los oprobios y de la muerte. El monte donde la divinidad del Cristo se manifiesta gloriosa, entre espléndidas oleadas de radiante luz; y el monte donde su Humanidad se manifiesta doliente, desgarrada y agónica, entre abundante lluvia de exprimida sangre.

¡Qué variedad tan varia la del Jesucristo de esos dos montes! Allí, vestiduras de nieve: aquí, desnudez vergonzosa. Allí, esplendores divinos, en el rostro humano; aquí, esputos y lágrimas, cardenales y heridas en el divino rostro. Allí, un trono de nubes, blancas como las flores de los jazmines y tiernas más que las plumas de las palomas; aquí, un trono de palo, negro como el dolor, duro como la muerte. Allí, postraciones en tierra, mudas adoraciones y temblorosos miedos; aquí, frentes alzadas y cabezas movidas, sarcásticas blasfemias y sangrientos escarnios. Allí, rompimientos de gloria; aquí cerrazón en el cielo. Allí, descendión de profetas; aquí, huida de amigos. Allí claros testimonios de Dios, y aquí negros desamparos de ese mismo Dios. Allí, (lo diré de una vez) allí la Forma divina, que harta, por así decirlo, de verse comprimida tan largo tiempo, se desborda impetuosa sobre la forma humana, hasta darle esplendores y agilidad de Dios; aquí, la forma humana, comprimiendo de tal manera la Forma divina, que la Imágen personal del Padre aparece como "gusano y nó hombre, oprobio de los hombres, y abyección de la plebe. (1),"

El Calvario sin el Tabor, nos probaría á maravilla que el Cristo era sólo la Humanidad, con todas sus desventuras, y todos sus dolores, y todas sus agonías: y el Tabor sin el Gólgota nos dejaría probado que el Cristo era sólo la Divinidad, con todas sus elevaciones, y todas sus blancuras de nieve, y todos sus esplendores de sol. Mas, como quiera que Jesucristo no es solamente Dios, ni solamente hombre, sino Dios-Hombre, el Tabor ha menester un Gólgota que acredite de hombre al que en su cumbre fulgura entre medrosas adoraciones de discípulos, hablas de bienaventurados, y elocuentes testimonios de Dios; y el Calvario necesita á su vez un Tabor, que acredite de Dios verdadero al que en su amarga cumbre padece y muere, entre horrendas convulsiones de la

(1) Psal. XI.

tierra, pavorosos resoplidos del trueno, y palideces de cadáver en los astros. Los dos montes del Evangelio se necesitan y se reclaman; para que, colocados todos los siglos en el valle de entrambos, y, á vista de las escenas de que son teatro sus respectivas cumbres, se pongan á cantar que Jesucristo es bello; porque, uno, con unidad personal, es á la vez prodigiosamente vario.

IV.

Ni es esto sólo: que hay aún otro elemento estético, que no puede faltar en Jesucristo, si ha de tener derecho á ser llamado belleza: es la armonía.

Hecha la creación para ser como destello y vislumbre de la belleza generatriz del Altísimo, la creación fué una acorde armonía, que hacía recordar las armonías de Dios: ó, como diría el contemplativo Asceta del puerto de Ostia, "un inmenso y perfectísimo canto de un inefable modulador."

Yo diría que Dios, enamorado eternamente de Sí propio, quiso cantar un himno á su poder; salió fuera de Sí, para hacerse de un arpa, y la creación fué hecha á modo de salterio de innumerables cuerdas, sabiamente templadas para la gran armonía. Y al murmurio de la fuente, que quiebra sus cristales entre menudas guijas, respondieron los roncós bramidos de la mar, que estrella su coraje contra infrangibles rocas. Y al susurro del céfiro, que columpia las flores, los hinchados mujidos del huracán, que troncha los cedros: y al gorgéo del pájaro en la arboleda oscura, el rujido del león en la candente arena del desierto, y á la plegaria del hombre en la tierra, los cantos del ángel en la altura. Y todo, fuentes y mares, huracanes y brisas, aves y fieras, hombres y ángeles, con voz "como de muchas aguas," y como canto de inefable modulador, todo iba repitiendo en armónico contrapunto: *ipse fecit nos, non ipsi nos*; (1) loado sea el Señor, que nos ha hecho.

(1) Psal. XCIX.

Y la tierra, ora cubierta de flores, como un altar, ora coronada de volcanes, como una reina, ora postrándose ante Dios en las profundidades de sus barrancos, ora escalando el cielo con las agudas crestas de sus montañas, como para besar las plantas del Hacedor; y los mares, ora serenos y apacibles, como el sueño de un niño, ora descompuestos é indómitos, como las convulsiones de un gigante, ora vestidos de blanca espuma, como de encajes la desposada, ora bordados de fósforo, como de pedrería el manto de un monarca; y los cielos, ora cubiertos de nubes, como el pecho del guerrero de acerada armadura, ora llenos de estrellas, como de joyas diseminadas por manos invisibles, ora azules, y verdes, y escarlata, y amarillos, y blancos, y morados, hasta parecer la paleta en que el Supremo Artista combina los colores, ora opacamente negros, como un paño fúnebre; todo, todo, Señores, tierra, mares y cielos, todo iba repitiendo con ritmo que llenaba la inmensidad de los siglos: loado sea el Señor que nos ha hecho.

Y los soles, fijos en el espacio, inmóviles como piedras millarias, que acusan el paso del Señor por aquellos caminos; y los planetas, girando en torno de ellos, como en derredor del patriarca los individuos de la tribu; y los satélites, girando en torno de estos, como niños que no andan sino con el auxilio de la madre y allí donde la madre los encamina; y los cometas, como reyes de viaje, arrastrando su cola de luz por agenos dominios; y las nebulosas, á modo de polvaredas de mundos levantadas al roce de la fimbria del manto del Señor en su operación *ad extra*; y los areolitos, atravesando las atmósferas, como besos de amor, por un mundo tirados á otro mundo; todo, soles y planetas, satélites, cometas, nebulosas y areolitos, todo cantaba en armonioso coro que henchía los espacios: loado sea el Señor que nos ha hecho.

Pero ¡ay! que la armonía se trocó en desconcierto y la belleza del canto del inefable modulador padeció menoscabo. ¿El secreto de tanta desafinación me preguntáis?

—Todo ha sido una cuerda destemplada.—Diré con insigne poeta contemporáneo que desde aquí saludo: (1) todo ha sido una cuerda destemplada, pero cuerda, á la que, á excepción de la

(1) C. Fernández. Fab. asc.

angélica, estaban subordinadas todas las otras. Todo ha sido, señores. que la razón humana se ha substraído á la Razón divina y ha perdido su dominio sobre la voluntad; la voluntad su señorío sobre la carne, y el hombre su realeza sobre la creación.

Y el Cristo del Señor, medio sublime de que se vale para *instaurare omnia, quæ in cælis et quæ in terra sunt in ipso* (1): restablecerlo y restaurarlo todo, lo mismo lo de los cielos que lo de la tierra, porque todo está en él, se ofrece y apercibe á implantar en el mundo la pasada armonía, ordenando en sí propio, y en sí propio templando, conforme al diapasón de lo divino, la cuerda fundamental de la creación.

Y á este fin, siendo Verbo, tomó carne, para amarrarla al espíritu, como estúpida bestia propensa á descaminos: para amarrar al entendimiento la libre voluntad, como loca propensa á descomponerse; para hacer, en una palabra, de todas las fuerzas inferiores de que hablan los teólogos y de todas las potencias superiores otras tantas esclavas de la razón; á fin de que esta razón, á manera de reina vencida, con incontable séquito de damas de servidumbre, fuera á echarse á las plantas del Dios vencedor.

Por eso en Jesucristo hay carne, pero sumisa: por eso en Jesucristo hay pasiones, pero sin que se resbalen al precipicio del pecado; por eso en Jesucristo hay una voluntad que repugna la pasión y la cruz, hasta hacerle temblar, y llenarse de pavor y de tedio, y entrar en agonía y sudar sangre; pero voluntad que, por finiquito y remate de tan tremenda lucha, se acomoda á la pauta divina, y acepta con total rendimiento el cáliz de amarguras que se le da á beber.

¡Qué bello! ¡pero qué bello el Jesucristo del Olivet! ¡ah! en ningún otro instante de su historia se ve tan de relieve su inefable belleza. Asómese la estética por entre las cenicientas ramas de los olivos que platea la luz de la luna del mes de Nisán: no tema despertar á los discípulos de párpados de plomo, acérquese, aproveche los instantes, que ya viene el traidor; acérquese, contemplo unos minutos, y díganos si ha visto otra belleza, que poner en parangón con la de Jesucristo.

Su unidad personal; allí está de rodillas, con los brazos en cruz,

(1) Ephes. c. I, v. 10.

el rostro hacia el oriente, lágrimas en los ojos, y palpitante el seno: la amargura de hiel que la impregna no obsta á que sea una. Su variedad prodigiosa; allí también se ve, en sus dos voluntades, queriendo cada cual á su modo, luchando, como luchando dos atletas, y tirando cada cual á su lado, como aquellos corceles que tiraban del carro del alma en el diálogo de Platón. Y su orden supremo y su suprema armonía; desde ningún observatorio se percibe con tanta claridad: ¿que en qué (me preguntais) se nota esa armonía? ¿pero no la estais viendo? ¿no veis esa humanidad que repugna, que ruega, que gime, que llora, que suda, que agoniza, que desfallece, pero que acepta al fin, para que no haya más que una norma, á la que todas las cosas se ajusten; un solo Señor, al que todas las cosas se rindan; un solo Dios, al que todas las cosas se inmolen; una sola Razon, y esta divina, con la que todas las cosas se armonicen?

¡Paso, pues! paso al Cristo del Oliveti! Paso, paso al Cristo uno, al Cristo vario, al Cristo armónico: al Cristo que se levanta del tosco reclinatorio de una roca, para templar de nuevo el arpa de la creación. ¡Paso, paso á la Belleza destilando Sangre! ¡Paso á la gran belleza Jesucristo!

V.

Jesucristo es belleza: pero esto es poco. Jesucristo es belleza suprema. Y á la verdad.

Háblase en los tratados de belleza de tres géneros ó especies de la misma: á saber física, intelectual y moral: ya reconozca por principio las energías de la madre naturaleza, ya se origine de la mente humana, ya sea engendro exclusivo de la humana voluntad. Y Jesucristo es belleza y belleza suprema en todos y cada uno de estos tres órdenes. Y con efecto.

La naturaleza es bella: en todos sus tres reinos hay bellezas profundas é inagotables. El reino mineral, que empezó su tarea

por cuerpos indefinidos y amorfos, ha producido al fin metales preciosísimos en que la luz chispea, remedando incendios; mármoles que compiten con el iris en colores; basálticas grutas, que parecen filigranadas catedrales; brilladoras y geométricas cristalizaciones, tan bellas, que parecen gotas de luz y de color petrificadas, y otras mil incontables maravillas. Y si son bellas sus nubes, que parecen montañas que bogan por los aires al soplo de Dios, también son bellos sus montes, que parecen de lejos nubes cansadas, surtas en lo profundo de los valles. Y si es bello el carambano que parece en el polo montaña de muerto cristal, también es bella la ola de los mares, que parece montaña de esmeralda viva. Y si es bello el barranco, orlado de zarzales y de adelfas, por cuyo fondo corre espumoso torrente, no es ménos bello el volcán, cuyo cráter arroja mares de encendida lava, que sepulta Herculanos y sumerge Pompeyas, como el fuego y azufre de la Biblia las podridas ciudades del valle nefando. Bello es el cielo azul, sereno y limpio, como la frente de la vírgen, recién salida del baptisterio; y bello también es ese cielo mismo, cuando se emboza en nubes de color de pizarra, en cuyas sinuosidades repercute el trueno con crujidos y tableteos y fragores, como serán los del profetizado cataclismo, que habrá de desquiciar y de reducir á pavesas todas las cosas y todos los mundos. Bella es la luz ardiente del mediodía que tuesta el ecuador; bella la fría luz, que alumbra sin derretir las nieves del polo; bella la diluida y tibia de los crepúsculos; bella la azulada y fantástica de la luna; la difusa y ténue de las estrellas; la cortada y rojiza de las auroras boreales; bella, en una palabra, toda la que ha hecho Dios; y bella esa voltáica que, creada por Dios en sus gérmenes, ha sido descubierta por el hombre, y que parece en medio de las tinieblas pedazo de día, colgado de un alambre.

Y sin embargo, señores, el reino vegetal es aún más bello; que hay en él mayor variedad de formas, mayor variedad de colores, composición más varia y más armónica, crecimientos y desarrollos, mayor número, en fin, de elementos de belleza.

Líquenes rudimentarios y helechos microscópicos, blancos, por la carencia de la luz que, con tanto caminar, aún no había arribado á nuestras playas, fueron los primeros ensayos de este gran reino, que acabó por dar cedros robustos, cuyos nudosos

dedos rompen las nubes, y palmeras de copas movidas, cuyas ágiles ramas parecen brazos, que llaman á descansar en el refrigerante oasis, al fatigado peregrino de los desiertos. Y puesto á florecer, produjo flores de corolas variadisimas, donde hay todas las líneas y todos los colores, con todos los matices y rebajos de todos los colores; tan bellas, que hasta Jesucristo llegó á decir en su Evangelio que ni el mismo Salomón logró vestirse, ni en el emporio de su grandeza, como esos lirios de los campos, que hoy son, y mañana se arrojan al fuego. Y puesto á frutecer, (y pase la palabra, ingerida por el genio de Reinoso en nuestra lengua) y puesto á frutecer, produjo pomas de cáscaras de oro, de amatista de ámbar, de ópalo, de púrpura; dulces, como las mieles del afamado Himeto, y aromáticas, como el néctar que se escancia de ánforas de cristal en murrinos vasos en los olímpicos festines de los dioses.

Todo en este gran reino tiene bellezas: el musgo de las rocas; la seta que nace en la húmeda gruta; el junco del arroyo; el alga de la mar; la hiedra lasciva que se abraza al álamo de hojas plateadas; el indómito roble; el pino de verdinegra copa y escamado tronco; el naranjo de eterno verdor, el ciprés, que á modo de suspiro sube á los cielos, y el sauce, cuyas ramas, á manera de hilos de lágrimas caen sobre las losas de los sepulcros.

Tal es, en fin, señores, la magnificencia de este reino, que se comprende que haya habido en la historia Drúidas adoradores de los árboles; pues, á decir verdad, no hay nada en la creación, que retrate tan á lo vivo la majestad, la grandeza y la fecundidad de Dios, como esos colosos de las selvas en cuyo cóncavo tronco se guarece una familia; cuya agradable sombra cobija una tribu, y cuyos abundantes frutos enriquecen una comarca.

Pero es aún más bello el reino animal.

Empieza en las esponjas, medusas, anémonas, y estrellas marinas; zoófitos simétricos, que hacen dudar si serán animales, ó plantas todavía. Sucédenles los moluscos del mar y los articulados del aire; aquellos vestidos de nácar, y estos de polvos de colores y de metálicos reflejos; aquellos, produciendo en sus agrupaciones islas pollperas, relojes de coral, cuyas capas acusan miríadas de siglos, y estos tegiendo entre los árboles sedosos capullos, en donde experimentan hermosas metamorfosis. Ya aquí hay bilaterismo en la forma; riqueza en los colores, agilidad y gracia en los movi-

mientos; todo lo que se requiere para que haya belleza en abundancia.

Y si de aquí pasamos á los vertebrados hemacrimas, de mudables colores ó pintas permanentes; ora de piel finísima, como el bacraccio, ora vestidos de escamas brilladoras, como los peces; y si de aquí salimos, y vamos haciendo estudios de las diversas familias hematermas ¿qué más bello que el ave, de nacaradas plumas y el mamífero, que ya no tiene plumas, porque tiene más puras líneas y contornos más gráciles? ¿Qué belleza, comparable con la del diminuto pájaro-mosca, vivo joyel de esmeraldas, de topacios y de rubíes; con la del ave del paraíso, alarde de color del Colorista eterno, ó con la del coronado pavo real, escogido por Juno, para tirar del carro en que pasea su soberbia por el Olimpo? ¿qué belleza, comparable con la del león entre los carnívoros, la del ciervo entre los rumiantes y la del caballo andaluz entre los paquidermos?

Imposible parece, señores, mayor belleza; y sin embargo, existe. Y este tipo sublime que á todos aventaja, como yo lo sabéis: es el hombre. ¡Qué belleza la del hombre! ¡qué nobleza en su frente, qué movimiento en sus cejas; qué viveza en sus ojos, en que brilla el amor, arde la cólera ó relampaguea el genio; qué expresión en su boca, en que retoza la risa, ó se enclava el dolor; qué tonalidades en sus mejillas; ora pálidas de espanto, como el narciso; ora encendidas de vergüenza, como el clave!; qué gallardía en todos sus ademanes, qué belleza la del hombre! De seguro, señores, que á los ojos de Adán no pareció en el mundo nada tan bello, como la que, carne de su carne y hueso de sus huesos, vió tendida á su lado al despertar: y de seguro que á los ojos de Eva recién-creada no hubo nada tan bello en toda la creación, como su Adán dormido... ¡Ah! es el éxtasis purísimo de entrambos ante la contemplación de la belleza humana, imágen y semejanza de la belleza del Hacedor.

En verdad hay bellezas en el mundo, y bellezas innumerables en cada reino; y en verdad no hay belleza, tan bella como el hombre. El hombre es la belleza suprema entre las físicas.

Y el Jesucristo de nuestra fe, que no es por cierto el Cristo de los Gnosticos que siguen á Marción, con el cuerpo fantástico ó aéreo; el Jesucristo de nuestra fe es cabalmente el hombre: pero

el hombre más bello de entre todos los hijos de los hombres. Perdoneme el insigne autor del *Pedagogo*, Clemente Alejandrino.

No, egregio Padre de la Iglesia Griega: contra tus opiniones, que no atañen ni á la corteza de la fe, y contra las opiniones de los Padres Griegos, que contigo opinaron, Jesucristo no pudo ser deforme. Jesucristo debió ser tan bello, como solamente Dios pudiera concebir otro tan bello. ¿A qué viene, respóndeme, el que fuera deforme? ¿quizás para así desviar á los pueblos de la adoración de la forma humana, divinizada por los artistas, colocada en altares é idolátricamente adorada? Nó, así no se derrocan los altares alzados en honor de la carne; así sólo se logra que el contraste con el Cristo deforme la haga parecer aún más bella. Decid más bien á todos esos pueblos que adoran esos Apolos y esas Vénus, que hay un algo más bello que lo que han modelado los Policletos y los Phidias; y es lo que ha modelado Dios mismo en las entrañas de una Virgen, después de haber estado recreándose en ello toda una eternidad.

Dejad á Dios hacer su Cristo, tal y como Él lo ha concebido en su divina mente: dejadlo que envuelva su Verbo en la más bella carne que jamás se formó: dejadlo que corrija en su Cristo su boceto Adán; dejadlo que lo haga á su gusto, en la firme inteligencia de que jamás habrá de ocurrírsele hacerlo deforme: sino ántes por la inversa, tan espléndidamente hermoso y tan incomparablemente bello, que le pueda decir el enamorado requiebro del Cantar: *ecce tu pulcher es; Dilecte mi: ¡qué hermoso eres, Amado mío!* (1)

VI.

Lo que va del estuche, á la joya que encierra, no da idea, ni aproximada, de lo que va del cuerpo, al alma que atesora. La verdadera belleza humana no está ni en la corteza ni en la envoltura; la belleza del hombre está por dentro, en su alma inteligente, libre é inmortal como Dios.

(1) c. 1 v 15.

“El hombre es una caña—ha dicho Pascal en sus Pensamientos (1)—pero caña que piensa. No es menester que el universo entero se arme para destruirlo: el vapor, una gota, son suficientes para matarlo; sin embargo, aun cuando el universo entero lo aplastara, el hombre sería más noble que su matador; porque el hombre sabe que muere, mientras que el universo no sabe nada. Toda nuestra dignidad consiste en el pensamiento.”

Ahí, ahí está, señores, nuestra gran belleza; ahí es donde llevamos el retrato de Dios; el cuerpo es la moldura que encierra el retrato; bello, pero moldura; la moldura no es el retrato.

¡Qué bella la figura histórica de Salomón, disertando sobre todas las cosas; desde el hisopo que nace en la pared, hasta el cedro del Libano; escribiendo mil parábolas y cinco mil cantares, y derramando torrentes de sabiduría en aulas de reyes, venidos á escucharle!

¡Qué bellos, Dionisio Areopagita (apócrifo, ó auténtico, que eso se queda para los eruditos) explicando las leyes que rigen el mundo angélico; Aristóteles y Platón las que rigen el mundo de las inteligencias; Newton y Galileo las que presiden en el mundo de los astros, y Linneo y Cuvier las que agrupan ó dividen los seres todos de la tierra!

¡Qué belleza, la belleza de Franklin, arrancando el rayo de las nubes, ensartándolo en un alambre y dándole supultura en las entrañas de la tierra; Fulton invadiendo los dominios de Neptuno y enderezando la navegación á su antojo, á despecho del dios del tridente y del dios de la Eólia; y Secchi remontándose hasta el sol, para, con el escalpelo del espectroscopio, hacerle la disección de sus tegidos y hallar hasta los elementos químicos que entran en su composición!

¡Qué belleza la del Loco inmortal del puerto de Palos redondeando la tierra; empujándola hasta ingerirla en el mundo de los astros y haciéndola la redonda peana sobre la cual pasee por los cielos en procesión triunfal Jesús Sacramentado! ¡De rodillas, de rodillas, mundos siderales! ¡hundid en esos azules abismos vuestras frentes de luz; que pasa por entre vosotros la redonda custodia en que vá Dios!... ¡qué belleza, la belleza del genio que con-

(1) Tomo II pág. 84.

cibe esta procesión sin epíteto que le cuadre, y hace ver á los ojos de la espantada tierra el grandioso papel que desempeña en la creación!

¿No es verdad, señores, que todo esto es bello? ¿no es verdad que por encima de la belleza de la línea, de la forma, de los colores, de la materia, hay belleza en comparación de la cual todas las otras parecen pálidas? Es la belleza de la idea, la belleza del genio, la belleza intelectual.

Y el Cristo de verdad, el Cristo nuestro, que no es el Cristo de los Apolínares y de su escuela, con la carne vivificada por el Verbo, sin alma racional; el Cristo de nuestra teología, Verbo, alma y carne, debe tener y tiene esa belleza; que hay en él el entendimiento humano; y además del humano, en su último grado de perfección, el entendimiento divino, hoguera, de la que nuestra inteligencia es leve chispa; foco, del que nuestra inteligencia es débil rayo; prototipo supremo, del que nuestra inteligencia es imperfecta copia.

Y nó: no alardeará de sabiduría como Salomón, aunque oiga decir á su paso; *numquam sic loquutus est homo*, jamás ha habido un hombre que hable así. Ni clasificará las gerarquías de los ángeles, aunque los ángeles le sirvan en el desierto. Ni enseñará dialéctica, aunque su lógica sea la más contundente de todas las lógicas. Ni escribirá de astronomía, aunque cause su muerte horrendos cataclismos en los astros. Ni pondrá en casilleros los seres, aunque todos se rindan á su albedrío. Ni alzaré para-rayos, aunque calme tormentas. Ni normalizaré la navegación, aunque ande á pié enjuto sobre las aguas. Ni disecará los soles, aunque se vista de ellos en el Thabor. Ni descubriré mundos de tierra... todo eso es muy poco. Su misión será mucho más grande, su empresa mucho más sublime: su misión será descubrir un mundo, pero un mundo divino.

Un mundo perdido entre las nieblas de la ignorancia, como el nuevo continente entre las brumas de la mar; mundo, que surgirá esplendoroso, de entre aquellas tinieblas, á la revelación de Jesucristo, como esotro saliera de entre las aguas, ante la carabela del Genovés.

Vedlo: la Judea, la Galilea y Samaria son el puerto de Palos donde recluta gente para la gran exploración: parábolas tan hu-

mildes y tan sencillas, como una parva que se avienta en la era; un poco de levadura que se esconde en la harina; una oveja que se pierde; un sembrador que siembra; una higuera que no dá fruto; un tesoro escondido en el campo.... parábolas tan impregnadas de llaneza y tan desprovistas de arreos oratorios, le sirven de carabelas en que recoger la atención de sus oyentes; para, cuando menos se lo imaginen, ponerles ante los encantados ojos todas las magnificencias de Dios y todas las inefables maravillas del reino de los cielos.

Y les revelará que hay un Dios único; tan único, que el Padre y el Hijo, que no es otro que él, *unum sumus*, (1) son una misma divinidad. Pero Padre, á quien llama cien veces con ese nombre, y de quien da testimonio á cada momento; Hijo, que se manifiesta como tal Hijo, y Espíritu Paráclito, que promete y que envía. Jesucristo descubre el verdadero Dios. Pero con poder del que todo poder se origina, hasta el del pretor que le condena á muerte; con providencia, que no abandona ni á las aves del aire, ni á los henos del campo; con misericordia, que perdona hasta al pródigo; con justicia, hasta cerrar la puerta y excluir de sus bodas aún á las vírgenes, de lámparas sin óleo; con bondad, hasta hacer nacer su sol y descender su lluvia sobre justos y pecadores; con rigor, hasta pedir estrecha cuenta de un talento; con flexibilidad, hasta dejarse rendir por la oración, y con designios tan inmutables, que no habrá de apartarle el cáliz de ajenjos que le dará á heber en el Getsemani....

Dejadme que lo diga, que es verdad; lo que va de un pedazo de tierra á todo el cielo; lo que va de las Américas á todo Dios, eso es lo que vá de Colón á Jesucristo.

Y para echar por tierra malévolas maquinaciones de sus enemigos, le bastará hacerles leer la inscripción de la moneda del tributo. Y para salvar á una pecadora de muerte segura, le bastará poner una condición á sus acusadores para que empiecen á apedrearla: el que no hayan pecado como ella. Y para... pero ¿á qué más, señores? andad, andad, buscadme por las historias y por los pueblos otra belleza intelectual que á la de Jesucristo se aproxime: y dejadme, mientras no la encontráis, que no la encontraréis, de-

(1) Joan. c X, v. 30.

jadme que lo tenga y pregone por belleza suprema en el órden intelectual.

VII.

Existe algo, señores, mucho más bello que descubrir un mundo: es... despreciarlo. Lo primero es de genios; lo segundo es de héroes. Hay algo, pues, más bello que la belleza intelectual; y es la que se clasifica en las estéticas con el nombre de belleza moral.

La virtud es más bella que el talento; indeciblemente más bella que el talento: este es patrimonio de muy pocos hombres; la virtud puede ser patrimonio de todo el que la quiera. Aquel deslumbra, como la luz del sol; aquella atrae, como el dulce calor del hogar. No sé qué tiene el talento, que, sin quererlo, siembra almácigas de enemigos; en cambio la virtud siembra almácigas de esclavos: y es que aquel humilla y deprime á todo el que no lo tiene: ésta subyuga á todos: aquel modela genios; esotra hace héroes.

El talento hace de Sócrates un genio de primera magnitud; la virtud hace de él un héroe casi á la altura de los cristianos. Sócrates es más bello bebiendo la cicuta, que educando Platones. La belleza del Edipo de Sófocles, no está ni en su homérico triunfo sobre la esfinge, ni en la subida al trono de su padre, ni en sus hermosas dotes de rey de Tebas. Su belleza no es otra que la resignación casi cristiana, con que soporta sus desventuras. Edipo es la expresión de la belleza trágica, cuando, vaciados los ojos con las lucientes joyas de la madre cuyo tálamo profanó, ensangrentado y pobre, pero sin maldecir de su infortunio, atraviesa la escena, camino de Corinto. Y, pues de Colón hablábamos hace un instante, ¿cuando, señores, nos parece más bello, cuando vuelve á las costas españolas, remolcando un mundo, ó cuando torna á volver, cargado de cadenas?

¡Ah! para ceñir la aureola del triunfo, y recibir aplausos de las turbas y saludos de reyes, no se necesita ser un Colón; para

llevar un láuro, no hay humana cabeza que no sirva. Para ceñir la corona de espinas de la desgracia, soportar la malquerencia de las turbas y devorar el olvido de los poderes, para esto se necesita un Colón, con voluntad más grande que su talento; con corazón más dilatado que los mares que desfloró con su quilla; más héroe que genio; más santo que marino.

Y, sin querer, he pronunciado una palabra, en que se encierra la quinta esencia de la belleza moral: la palabra santo.

¿Que quiénes son los santos? Hombres son, que, enamorados de sí propios, como todos los hombres, hicieron por que el mundo los despreciára, y cifraron su gloria en el ludibrio y la ignominia. Hombres son, que, apegados á las cosas de la tierra, como todos los hombres, concedieron libertad á sus esclavos y repartieron cuanto tenían; y huyeron al desierto, á descalzar el pie y destocar la cabeza, vivir en húmeda cueva, alimentarse de amargas raíces, vestirse de cilicios y pernoctar en la oración. Hombres son, que, abrasados por las llamaradas de la carne, como todos los hombres, se revolcaron desnudos entre las zarzas, se arrojaron á estanques de nieve, mutilaron su ser y calcinaron sus huesos. Hombres son, que, amando entrañablemente á sus padres, los dejaron; que, amando con pasión á sus esposas, esquivaron su tálamo y las dejaron vírgenes; ó que, amando á sus hijos con ardiente locura, les dieron eterno adiós, sintiendo al abandonarlos dolor como si les arrancáran las entrañas. Hombres son, que, amando su vida sobre todas las cosas, como todos los hombres, emprendieron caminos en busca de la muerte; y retaron á los emperadores y á los tiranos, y, puestos en el tormento, se embriagaron en la voluptuosidad del dolor. Hombres son, que, entre las pompas del trono, ó entre los esplendores del pontificado, fueron humildes; en la riqueza, sóbrios; en la mendicidad, alegres; ante la injuria, risueños; fuertes en el dolor, y héroes á todas horas. Tales son los que el mundo y la Iglesia llaman Santos.

¿Y de dónde han venido? ¿quién los ha hecho? ¿la naturaleza por ventura? nó: la naturaleza, por muchas y potentes que sean sus energías, jamás llegará á modelar la figura de un santo. La naturaleza es un cuerpo, que jamás ha cristalizado en santidad.

Podrá dar un poeta; testigo Homero y Píndaro, Virgilio y Horacio, Dante y Camóens, Milton y Ercilla. Y dará un orador,

como Filipo y Demóstenes, Cicerón y Marco Antonio, Bosuet y el Marqués de Valdegamas. Y producirá filósofos, como Sócrates y Pitágoras, Platón y Aristóteles, Pedro Lombardo y Balmes, Zeferino Gonzalez y Zigliara. Y producirá guerreros, como Alejandro y Ciro, Pelayo y San Fernando, Juan de Austria y Bonaparte. Y dará á luz artistas, como los Praxiteles y los Phidias, Miguel Angel y Rafael, los Velazquez y los Murillos, los Mozart y los Wagner... la naturaleza hará diamantes; pero brillantes, nunca.

Y los santos son brillantes: brillantes, para llegar á los cuales, el diamante de la naturaleza fué apretado entre las estrecheces de la ley divina; y, después de desbastarlo el cincel y el martillo de la mortificación; y de pulirlo y de llenarlo de facetas la meditación y el exámen, la humildad y el amor que hace prodigios, se presentaron delante de Dios, pero nó ya como piedras; sino como pequeños soles, que reciben y descomponen y reflejan al mundo la luz divina del eterno sol.

¿Cómo llegan ahí? ya os lo decía: desmintiendo la naturaleza y sus leyes; y haciendo con toda ella, reducida á escombros, el pedestal gloriosísimo, en el que se han levantado sobre todos los hombres que no son santos. Los santos, como santos, no son de la naturaleza.

¿De dónde, pues, vendrán? ¿quién es el diamantista que los ha tallado? ¿en dónde está el secreto de belleza tánta? la gracia del Señor es su punto de partida; el Cristo, el diamantista que los talla; y el secreto inefable de su belleza, el que nos ha descubierto el gran Apostol: *conformes fieri imagini Filii* (1) el haberse hecho conformes á la imágen del Hijo.

El Cristo es el prototipo de la santidad; y el modelo divino por que se hacen los santos. Que su humildad lo lleva á lavar los pies á sus discípulos. Su mansedumbre, á responder con un beso á infame traición. Su sencillez, á departir con los niños. Su celo, á fustigar á los profanadores. Su desinterés, á huir cuando quieren las turbas hacerlo rey. Su caridad, á multiplicar las viandas, y curar las dolencias y resucitar los muertos. Su amistad, á morir en la muerte de Lázaro. Su prudencia, á comer con publicanos y dejarse tocar de pecadoras. Su desapego á los suyos, hasta apar-

(1) Ad Rom. cap. VIII.

tarse de ellos sin despedida: y su pobreza, en fin, á nacer en un establo, vivir de su trabajo ó de limosna, y morir totalmente desnudo, y sin tener donde apoyar la cabeza espinada. Jamás hizo mal á nadie, y á todos hizo bien. En las aclamaciones y en los aplausos, permanecía impassible; ante las acusaciones y las vergüenzas de la pasión, con la frente ensangrentada, pero serena; á las preguntas sobre su Filiación divina, responde con sencillez: tú lo has dicho; y, puesto en la pícota de la infamia y de la maldición, pide por sus verdugos...

Imágen y modelo de los santos, él es el que los germina, los acrecienta y desarrolla: no busqueis pues los santos sino en torno suyo.

No busqueis la facunda macolla, sino en derredor del grano primitivo. Del grano que cayendo de las entrañas divinas del Padre Dios, en la tierra de las entrañas de una Virgen, hija de Adán, hecho de tierra, murió luego en la tierra del calvario; para que no estuviera solo en la filiación divina, sino para que diera, como mucho fruto, la macolla divina que se llama Cristianismo. Frutos del Grano eterno las doradas espigas de esta macolla, cuando nacen de él nacen de Dios; pero tan hijos, que el que antes se llamaba unigénito se llama ya el primogénito entre muchos hermanos. Pero nacidos de Dios los granos nuevos, nacen tan dioses, que el mundo se admira y la naturaleza se espanta. Puestos á ejecutar, hacen obras tan grandes, como ni el mismo Grano primitivo las llegó á hacer: pero nó; no son ellos los que las hacen, sino la participación de la naturaleza divina que les trasmite, á manera de savia, el Grano de la altura que los produjo. Es que ellos antes eran tierra; y el Grano de los cielos de la tierra hizo macolla: es que ellos eran tierra y el Grano de la altura de la tierra hizo espigas; es que ellos eran tierra y el Grano primitivo de la tierra hizo granos, semejantes á él. Como él humildes, como él desprendidos, como él castos, como él impassibles ante los triunfos y serenos en la tribulación, como él mansos, como él caritativos, como él dispuestos á morir, y como él dispuestos á perdonar á quien los mate.

Dios es la Santidad, Jesucristo es el santo, y los santos su hechura. Y se dirá de él por las historias que no es Dios, ó que no es hombre, ó que no tiene cuerpo, ó que no tiene alma, ó que tiene dos personas, ó que no tiene más que una naturaleza, ó que es un mito,

en fin. Todo esto se dirá de él y otras cien y otras mil monstruosidades; pero todos, ante el Héroe real del Evangelio historia, ó ante el Héroe imaginario del Evangelio novela, todos, todos tendrán que cantar, mal que les pese, con el himno que el Cristianismo entona en su loor: *Tu solus sanctus, Jesu Christe*; tú eres el solo Santo, Jesucristo. Jesucristo es belleza suprema en lo físico, en lo intelectual y en lo moral.

VIII.

Belleza de esta alzada no podía, señores, ser infecunda. Y hé ya aquí otro caracter de la belleza de Jesucristo, la fecundidad.

La belleza del Cristo es fecunda, porque crea un arte nuevo; porque el arte que crea no se parece á ninguno, más que á sí mismo; y porque, puesto á embellecerlo todo, ha llegado á embellecer lo esencialmente deforme. Haré por explicarme con brevedad, y habré concluido: otro poco de caridad, para seguir escuchándome.

Que la influencia de Jesucristo ha creado un arte nuevo, ¿quién lo puede negar? Nadie que haya hojeado la historia del arte: y á la verdad.

Cuando el Arte había llegado al cenit de su gloria; cuando por la escuela Ateniese habían pasado Cálamis, el de reminiscencias hieráticas, Pitágoras el de Regium en la Calabria, discípulo de Clearco, Phidias, el discípulo de Agéladas, artista predilecto en el arcontado de Pericles, Praxiteles el de fama que aún dura y Scopas el de Páros; cuando en la nó ménos célebre escuela de Sicione habían florecido Policleto, el creador por así llamarle de los escorzos, Mirón el enérgico y nervudo, Callímaco el de la verdad en los detalles, Demetrio el inimitable copista de las rugosidades y durezas de la vejez, y Eufranio y Lisipo, maestros en el retrato; cuando se habían erigido por todas partes arcos y termas, templos y coliseos, palacios y tumbas; cuando todos estos monumen-

tos se habían decorado de estatuas gigantescas, que, á no ser tan colosas, cualquiera las creería de carne pretrificada; cuando entre colgaduras, dos y tres veces de púrpura teñidas, se admiraban espléndidos frescos, cuyos restos compiten, por no decir que aventajan á los de Leonardo de Vincci, Miguel Angel y Rafael: cuando con menudas piedras de colores se hacían pavimentos, como el nunca bien ponderado mosaico de los *Tritones* que está en nuestro museo; cuando el bajo relieve había llegado á la meta de donde sólo el genio del malogrado Antonio Susillo logró pasar; cuando el arte, nó contento con hacer maravillas en las techumbres y en los frisos, en los pórticos y en los muros, llevada su influencia á embellecer páteras y ánforas, lámparas y copas, vasos y lacrimatorios, literas y triclinios, carros y trípodes; á hacer cigarras de oro para las afeminadas cabezas de los griegos, á cincelar, llenándolas de figurillas, agujas comatorias para las cabezas de las patricias romanas, ora empolvadas de oro y de molidas perlas, ora, teñidas de agrío bermellón; á tallar camafeos preciosísimos, como los de la familia Julia y Claudia, atribuidos á Dioscórides; y á derrochar primores de bordadura, en clámides y togas, estolas y coturnos, aparece en el mundo el cristianismo, nada menos que con la pretensión de crear un arte nuevo...

Y al efecto, rompiendo todos esos moldes, olvidando todas esas bellezas que llenaban la Ciudad de las siete colinas, se hunde en las tinieblas de las catacumbas, donde se pone, por así decirlo, á hacer los primeros y burdos palotes del gran arte.

Cosa que maravilla, es el empeño que muestra el Cristianismo en que el arte que ha de llenar el mundo de bellezas, sea únicamente á sus pechos amamantado. Porque el Cristianismo es, señores, á modo de esas personas que nada tiran y todo lo aprovechan. El arte curativa del médico convertido; la filosofía del filósofo ingresado en su seno; la elocuencia del retórico que se hacía de la grey del Buen Pastor; la influencia palatina del militar ó del senador ganados para Cristo, todo lo aprovechaba la naciente Iglesia. Lo santificaba primero, y lo explotaba después.

Y pregunto, señores, ¿es posible que no se convirtiera á la religión naciente ningún artista? y, si se convirtieron, como no pudo ménos de suceder, ¿por qué el arte cristiano de los primeros siglos es tan rudimentario, tan burdo, tan... (lo diré en el seno de la confianza de familia) tan monstruoso?

La razón no puede ser otra, á mi pobre entender, sino el empeño del Cristianismo en que el arte futuro fuera influencia exclusivamente suya; para que ni Grecia ni Roma, se pudieran gloriarse en su día de haber contribuido con una piedra al pedestal levantado por el arte á Jesucristo.

Y, poniendo los artistas conversos á lo que no fuera arte, pondría á los nó artistas que con serlo soñaban á la gloriosa empresa de incubar el gran arte de lo futuro; llenando las paredes de las criptas y los techos de los lóculos de símbolos como la paloma de Noé, emblema del alma que rompe las cadenas de la grosera carne; sacrificios de Abraham, emblemas del sacrificio del calvario: Orfeos tañedores de liras y rodeados de corderos, emblemas del único Pastor del único redil: peces, cuyo nombre griego *Ιησους* equivalga, descompuesto en letras, á las iniciales de Jesus, Cristo, Dios, Hijo, Salvador; monogramas χ y φ con el λ y ω de S. Juan; y á pintar ó esculpir adoraciones de Magos, Danieles en el lago de los leones, con otras pocas escenas de entrambos testamentos.

¿Quién diría, ante tantas incorrecciones y desdibujos, que aquello era hechura de siglos posteriores al Partenón de Atenas y al Panteón de Roma? ¿quién diría que los ejecutores de aquellos desaciertos habían visto mil veces obras como el Júpiter capitolino ó la Vénus de Halicarnaso, Adónis y Antinóos, Junos y Minervas, genios y musas, faunos y ninfas, centauros y náyades, púgiles y atletas, pancraciastas y discóbolos.

¿No es verdad que el que conozca el arte del siglo de Augusto tendrá que decir ó que el arte de las catacumbas es muy anterior á Jesucristo, (lo cual sería estúpido de ser dicho) ó que el arte cristiano que en las catacumbas empieza á alborear es un arte que no quiere nada con ningún otro arte, ó lo que es igual, un arte enteramente nuevo?

IX.

Nuevo, enteramente nuevo el arte cristiano, es además desemejante de todos los otros artes; porque es esencialmente idealista: y á la verdad.

Ni Grecia pasó más allá de la forma, ni Roma rebasó el nivel de la línea: el arte sin Cristo no voló más allá de los horizontes de la carne. Y nada más natural. Nacido y desarrollado para hacer más alhagadoras las cosas de la tierra y del tiempo; nacido de la carne y para la carne, la carne fué el único objeto de sus tendencias; y se hicieron prodigios con la línea en los escorzos y maravillas de plasticidad con el color en los desnudos. ¿Desnudos decía? he aquí la más mimada de todas sus manifestaciones: pero nó ya sólo el desnudo que pudiéramos llamar olímpico y sagrado, que se advierte en las estatuas de los dioses, de los emperadores y de los héroes; sino el desnudo obsceno y pornográfico de los frescos y grupos escultóricos de la recién desenterrada Pompeya. Carne plásticamente tranquila, ó carne libidinosamente excitada, pero carne siempre; hé aquí la suprema síntesis del arte sin Cristo.

El arte cristiano anduvo por muy distintos derroteros. Profundamente enamorado de la idea, sacrificó la forma en aras de la misma. Ni el estatuario ni el pintor de la época románico-bizantina se curaron gran cosa de la esbeldéz del contorno, de la morbidéz de la forma, de la corrección de la línea, ni de lo armónico del color. Para ellos el todo era la idea, incurriendo en desaciertos de perspectiva, monstruosos para los que no saben sentir, tanto como encantadores para los que tienen la dicha de sentir el arte. ¿Había que pintar (por ejemplo) un apostolado, con el Divino Maestro en medio de ellos? El artista expresaba su idea ejecutando un Cristo colosal, con vestidos aparatosamente decorados de láminas de oro y espléndidas incrustaciones de fina pedrería; y á sus lados en dos filas simétricas, doce apóstoles menudos, y de humildes vestidos. Y ni tendrán relieve las figuras, ni habrá proporción en sus miembros, ni claroscuro en sus ropajes, ni armonía de composición en el conjunto; pero siempre quedará en la mente del que lo contempla la idea que llenaba la mente del artista: á saber: que Jesucristo es muy grande, y que á su lado todos los hombres son risibles pigmeos al lado del coloso.

Y las Virgenes que modele este arte serán toscas; con dureza masculina en el rostro, y un si es no es de susto en la fisonomía; y los crucifijos serán duros, aplastados y rígidos, de prolongados brazos y abultadas cabezas: pero en cambio, las Virgenes serán místicas, arrobadoras, llenas de simpatías y de atractivos; y los

Cristos, devotos, doloridos é imposibles de mirar sin sagrado terror.

Y el desnudo estará totalmente proscrito en esta época, y ni en los Cristos crucificados saldrá de su destierro. Una túnica larga hasta los pies, con mangas hasta el arranque de las manos, vestirá por completo los Crucifijos primitivos; túnica que se convertirá más adelante en largo faldón; faldón, que la época ojival plegará en derredor de las piernas, para hacer más estrecha la figura, y que el renacimiento recogerá más cada día, para que se vaya viendo cada vez más carne, hasta llegar á suprimirlo por completo, como en el celebrado Cristo de Benvenuto Cellini del Escorial.

Pero no divaguemos, ni lleguemos á la época de Benvenuto, sin echar siquiera una ojeada sobre el arte ojival; el arte por antonomasia de la idea; el arte de las grandezas en la traza y de los primores y atildamientos en el detalle.

¿Queréis una de sus más peregrinas creaciones? no es menester cansarse ni sudar para encontrarla: cerca, á pocos pasos de aquí se levanta nuestra catedral. Grande, como una montaña, y elegante y pulida como el broche del manto de una reina, la catedral de Sevilla es una idea petrificada: una oda de sillería de anónimo poeta del siglo XIV.

Grande, muy grande, para que nos haga pensar en la magnitud de Dios, y bella en su incomparable sobriedad para que nos enamore de la belleza del Señor que la habita; todo en ella, señores, tiende á este doble fin. Sus columnas, robustas como los cedros del Libano y airoas como las palmeras del Cadés. Sus agujas, escalonadas como si fueran los peldaños por donde las plegarias hubieran de remontarse á los oídos del Señor. Sus arcadas, inclinadas hacia la tierra, como si fueran los viaductos por donde hubieran de descender hasta nosotros las misericordias del Altísimo. Sus vidrieras, coloridas, luminosas y espléndidas como rompimientos de gloria, bordando de colores las estátuas de sus sepulcros, los dorados retablos de sus capillas, las cresterías de encajes de su coro, las imaginerías de sus ropas, las miniaturas de sus libros y los esmaltes y cincelados de sus alhajas.

Sus imágenes, por cuya frente parece que vaga la somnolencia de la oración y la enagenación del éxtasis, hundidas y reple-

gadas en sus estrechas hornacinas, cual si quisieran esconderse dentro del templo, como diría el inolvidable P. Gago. Su liturgia, ora alegre, festiva, risueña, como las castañuelas de sus seises, ora grandiosa, solemne, davidica, como las contras de sus gigantes órganos.

¿Qué es todo esto, señores, sino la exuberancia del arte idealista, propuesto á dar idea, aunque débil de Dios? ¿que aún hay incorrecciones y rigideces y desdibujos en sus santos? ¿pero se os ha olvidado que en el arte cristiano lo de menos es la copia servil de la carne?

Sin embargo, ahí teneis, en ese retablo, una gallarda muestra del arte ojivo, que, con un poco más, nos pondría á las puertas de nuestro tan decantado realismo.

¡Virgen de reminiscencias bizantinas y pureza ojival; Virgen, que enjugaste mis lágrimas de niño humanista, disipaste mis dudas de jóven filósofo y sostuviste mis flacas energías de teólogo ya hombre; Virgen del Seminario, inseparable amiga de la vida toda! ¿qué hay en el mundo tan bello como tú? Cuerpo de mujer, sin formas de mujer, rostro de niña, con belleza de ángel: ¡benditos sean los pinceles que te pintaron; bendito sea el artista que te concibió en su mente, y bendita la idea que te inspiró! Las habrá, no lo dudo, más redondas que tú; pero nó más puras: las habrá más movidas, pero nó más devotas: las habrá más mujeres, pero nó, Madre mía, más Madre de Dios. Tú eres la más bella idea de la Madre de Dios y de los hombres.

X.

Pero ¿qué mucho, señores, que el arte cristiano haya manifestado con belleza lo que es bello, siendo así que ha llevado su influencia hasta embellecer lo deforme?

“El Cristiano perfecto—ha dicho Renan—(1) despreciará la be-

(1) Citado por el P. Felix: Conferencia sobre el bello ideal.

leza y será su enemigo. El cristiano no formará empeño en pintar bien, ni en esculpir bien, ni en dibujar bien; porque confunde el arte, que es la suprema voluptuosidad del alma, con el placer vulgar. Ha sustituido la belleza ideal del cuerpo humano, por la lastimera imagen de un ajusticiado sujeto con cuatro clavos.

Para mi santiguada que Renan nunca estuvo en Sevilla; y dejadme no salir de Sevilla, pues ni se otra cosa más que á Jesucristo, ni conozco otro pueblo que Sevilla; dejadme no salir de su estrecho recinto, para probar á Renan, que no es decir verdad su virtud dominante.

El cristiano perfecto, no despreciará la belleza, ni será su enemigo, sino se enamorará de ella y establecerá con ella amigable consorcio. Y pondrá verdadero empeño en pintar, en esculpir y dibujar bien; y pintará y esculpirá y dibujará tan bien, que por encima de la belleza ideal del cuerpo humano, con todas sus delicadas perfecciones, pondrá otra cosa aún más bella; la lastimera, pero bellísima imagen del divino Ajusticiado de la cruz.

El arte del cristianismo es el Thabor en donde lo deforme se transfigura, flamea y se divinizá. Ni es menester salir de Sevilla para probar hartamente nuestra aseveración. Nuestra escuela pictórica y extatuaria hablan con más elocuencia que todos los libros.

Empieza á adquirir caracter y fisonomía propios cuando en el siglo XV se dibuja la figura gloriosa de Juan Sanchez de Castro, que une á la severidad germánica, la gracia de Andalucía: succédele á los albores del XVI el ya más conciliador Alejo Fernandez, que, aunque encantado por la belleza del clasicismo renaciente, aún no deja la ruta trazada con líneas de oro por los artistas del norte. Florecen entre los dos á la radiante luz de nuestro cielo el Maestro imaginero Pedro Millán y Juan su hijo, Patriarcas venerandos los cuatro de las escuelas pictórica y estatuaría, que habrán de hacer de Sevilla, la Atenas de Occidente y el emporio del arte cristiano en el mundo.

Privilegio, señores, de nuestro cielo fué cobijar los artistas cristianos de mayor nombradía: idealistas, como nadie lo fué dentro ya del renacimiento que todo lo infiltraba, y que hacía al rigorista Miguel Angel y al elegante pintor de Urbino reproducir en Roma todas las desnudeces del clasicismo griego; artistas, que, influidos por Jesucristo, llegaron á embellecer sus divinos dolores;

que nó por ser divinos, dejan de ser dolores, con todas sus sangrientas deformidades.

¡Ah! El dolor donde quiera que esté, tiene que ser deforme; que él contrae las cejas, enrojece los ojos, arruga las mejillas y desencaja la boca; los únicos colores de su paleta son, ó el pálido del espanto supremo, ó el rojo amoratado de la suprema angustia; el dolor hace del rostro, por bello que este sea, descompuesta y amarga caricatura. El dolor es deforme; y sólo la varilla mágica del arte cristiano ha podido trocarlo en belleza.

¿Y qué predominio de arte, que derroche de talento, no se ha necesitado para llegar aquí? ¡ah! para que un Antinóo, una Venus, un Jupiter ó una Diana resulten bellos, no hay más que colocar el modelo y ponerse á copiar. Para hacer inefablemente bello un rostro, lastimado y herido, sangriento y agonizante, ni hay modelos que poner, ni queda otro recurso (perdóneme Renan) que ser un genio.

Que genio, verdaderamente genio, es el Rafael de Sevilla, el nunca bien ponderado Luis de Vargas, autor de ese cuadro de *la Gamba* que admiran propios y estraños en nuestra Catedral. Genios son Zurbarán y Roelas; éste, colorido y risueño como auro-ra de abril, y aquél tétrico y sombrío, como noche de invierno. Genios son los dos Herreras, masculino, potente y duro el padre, llamado *el Viejo*; si dulce y espontáneo y gracioso el segundo, llamado *el Mozo*. Genios son el armónico y atinado y helénico Pacheco, y el celestial y beatífico é inmaculado y hacedor de *Inmaculadas* Bartolomé Murillo.

Genios son en el arte estatuario los Jerónimos del Vao, con los Pesqueras; los Jerónimos Hernandez y los Delgados; y el clásico Gijón y el enérgico Hita; y Roldan el nervudo, varonil y expresivo; y la fresca y modeladora y delicada Luisa; y el incomparable, en fin, Martínez Montañés, devoto como un asceta, y á la vez elegante como un griego; anatomista, como pudiera serlo Miguel Angel, y enamorado de los dolores de Jesucristo, como pudiera estarlo María Magdalena.

Artistas, todos ellos, de subidos quilates, y todos ellos cristianos; quiero decir idealistas; y tan idealistas que no he querido incluir en la gloriosa enumeración de sus nombres, por el naturalismo de sus tendencias, al fotográfico, por así llamarle Valdés

Leal, ni al pintor de la luz, Diego Velazquez, primer pintor del mundo.

Artistas, íbamos diciendo, de quilates los más subidos, dentro del modo de ser del arte cristiano; pintores ó escultores de la idea y embellecedores y divinizadores de las deformidades del dolor.

¿Qué más bello, si nó, (y nó ya á nuestros ojos cristianos, que no saben mirar sino á través del prisma de la fé; sino aún á los ojos del que ni tiene fé ni conoce á Jesucristo) ¿qué más bello que ese Cristo de la Oración del Huerto, de Pedro Roldán, desemblantado, suplicante, desfallecido y agónico, que parece que va á acabar de lanzar el gemido de contrición de todos los pecados, amontonados por Dios sobre su frente?

¿Qué más bello, que esos dos Cristos, de la Pasión el uno y del Gran Poder el otro, delicado y suave el primero, como un doncel; vigoroso y enérgico el segundo como un atleta; aquél mustio y doblado como tronchado lirio, y este inflexible é indomable como su resolución de morir? ¿es posible más bella imágen de la idea *pasión*? ¿es posible más bella imágen de la idea *poder* y *gran poder*?

¿Qué más bello, que ese Cristo sin firma de la Expiración de Triana, que recorre nuestras calles la tarde del Parasceve, vidriada la vista, entreabiertos los labios, hinchado el pecho, alzada la cabeza, contraído todo el cuerpo por la última sacudida del postrer dolor, por cuya herida boca parece que vaga el *lamma sabacthani* del Calvario, que estremeció de dolor hasta las mismas piedras?

¿Qué más bello, que esos otros Cristos de la Sacristía de los Cálices, del Amor, de Santa Isabel, de la Lanzada, y tantos otros; ya muertos, lánguidos y desmadejados, como deja la muerte; doblada sobre el pecho la cabeza mustia, y *el pecho del amor muy lastimado*, como el *pastorcico* de S. Juan de la Cruz?

¿Qué más bello, que ese otro Cristo de la Quinta Angustia, descendiendo del árbol del sacrificio, livido, yerto, contraído y agrotado, que parece que va á acabar de bajar á cada momento?

Decídmelo, señores; si estoy en error, sacadme de él; ¿son bellos, ó no lo son? ¡Ah! hasta los que no creen en el Modelo divino, confiesan que son bellos. Y, si bellos, si profunda é irresistiblemente bellos, hasta para los ojos del judío que viene de lejas tierras sólo para admirarlos, ¿por qué no caer de rodillas ante ese arte, que nuevo, é idealista, ha llegado á embellecer lo deforme, y á hacer

la apoteosis del dolor y la muerte, haciendo maravilla de belleza de la lastimera imagen de un ajusticiado?

Hasta aquí ha podido llegar la fecundidad de la belleza del Jesucristo de nuestro amor.

XI.

¡Salve, pues, inefable belleza que te llamas el Cristo del Señor! ¡salve, belleza suprema, en lo físico, en lo intelectual y en lo moral! ¡salve, belleza fecunda, hasta crear un arte nuevo, semejante sólo á sí mismo, y embellecedor de cuanto toca! ¡salve, en fin, encarnada Idea estética del Dios belleza absoluta! ¡Por siglos y siglos, y mil veces salve!...

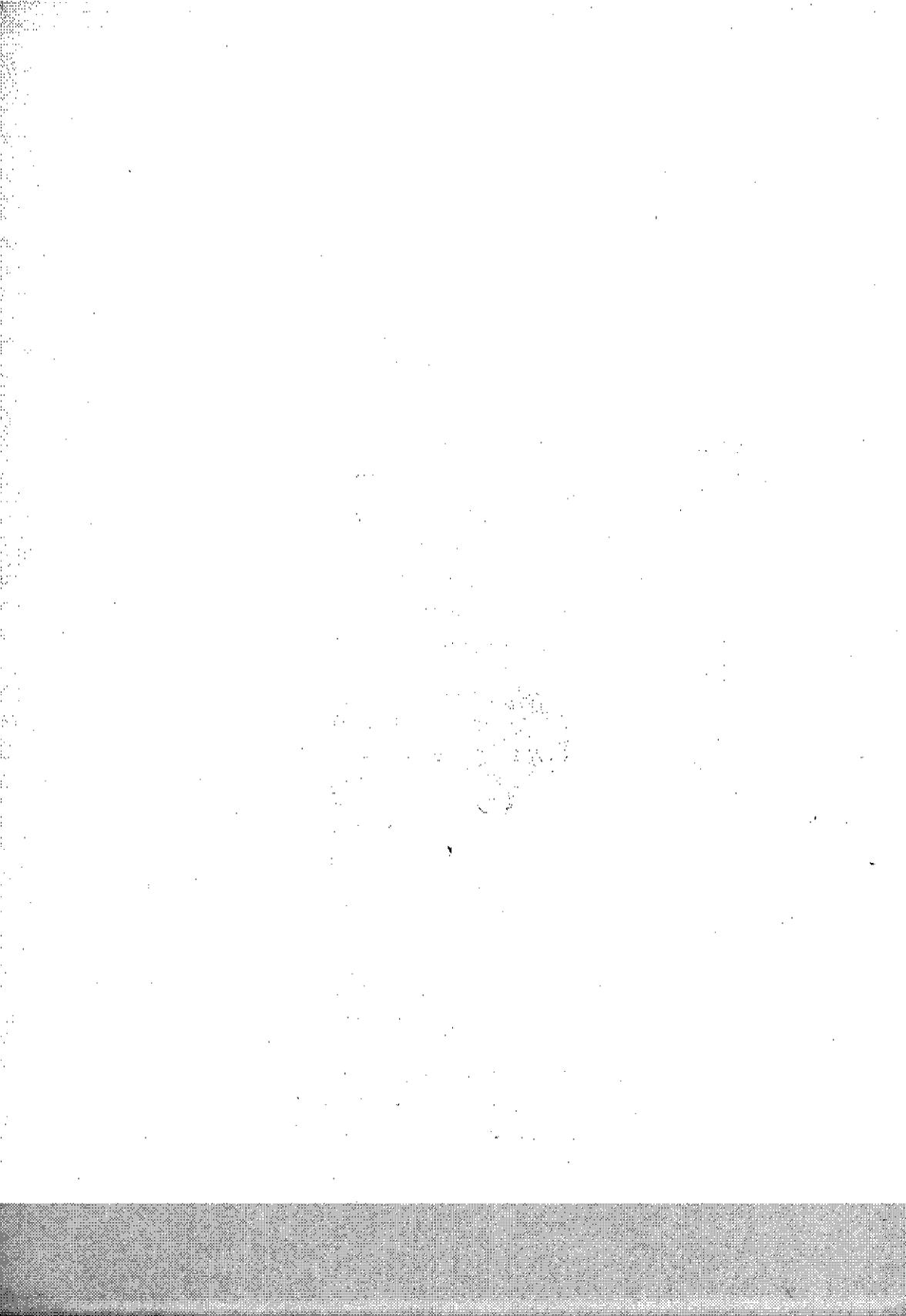
Y vosotras, bellezas relativas, con vuestras participaciones de la absoluta; y vosotras, bellezas minerales, con vuestras magnitudes, vuestros colores, y vuestros brillos; y vosotras, bellezas vegetales, con vuestras ramas, vuestras corolas, vuestros perfumes y vuestras mieles; y vosotras, bellezas animales, con vuestros nácares y vuestras pintas, vuestras escamas y vuestras plumas, vuestras delicadezas de contornos y vuestra agilidad de movimientos; y vosotras, bellezas de la inteligencia, con vuestras intuiciones, vuestros ensayos, vuestras luchas y vuestros triunfos; y vosotras, bellezas de la santidad, con vuestros heroísmos, vuestros dolores, vuestras ignominias y vuestros éxtasis; y vosotras, bellezas atenienses y bellezas romanas, con vuestras plasticidades y redondeces en la forma y con vuestra verdad y frescura en los colores; y vosotras, bellezas bizantinas, con vuestras rigideces y durezas, vuestras aparatosidades en la traza y vuestro lujo oriental en la ejecución; y vosotras, bellezas ojivales; con vuestros idealismos y vuestras elegancias, vuestros sóbrios primores ó vuestros peregrinos atildamientos; y vosotras, bellezas sevillanas de los clásicos siglos, con vuestros realismos idealistas, y vuestras realistas idealidades, vuestras congojas y vuestras llagas, vuestras

manchas de sangre y vuestros hilos de llanto; vosotras, en fin, bellezas de ayer, bellezas de hoy, bellezas de lo futuro, bellezas todas.... como los huesos secos de la visión del Profeta, surgid á mi voz: levantáos de donde quiera que estéis: venid aquí; y, cogidas de la mano, como grupo de comediantes llamados á la escena, andad en derechura de ese altar; y, en tierra la rodilla, y el labio en el polvo, con temor y temblor adorad la belleza Jesucristo..... ¡Alzaos!

HE DICHO.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE DISCURSO EN SEVILLA
Y EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE LOS SRES. IZQUIERDO Y COMPAÑÍA
Á LOS 19 DIAS DEL MES DE OCTU-
BRE DEL AÑO DE NUESTRO
SEÑOR JESUCRISTO
MLCCCXCVII.







1038586 H-R 821 MUÑ jes

Biblioteca Provincial Huelva

